

BREVE HISTORIA DEL

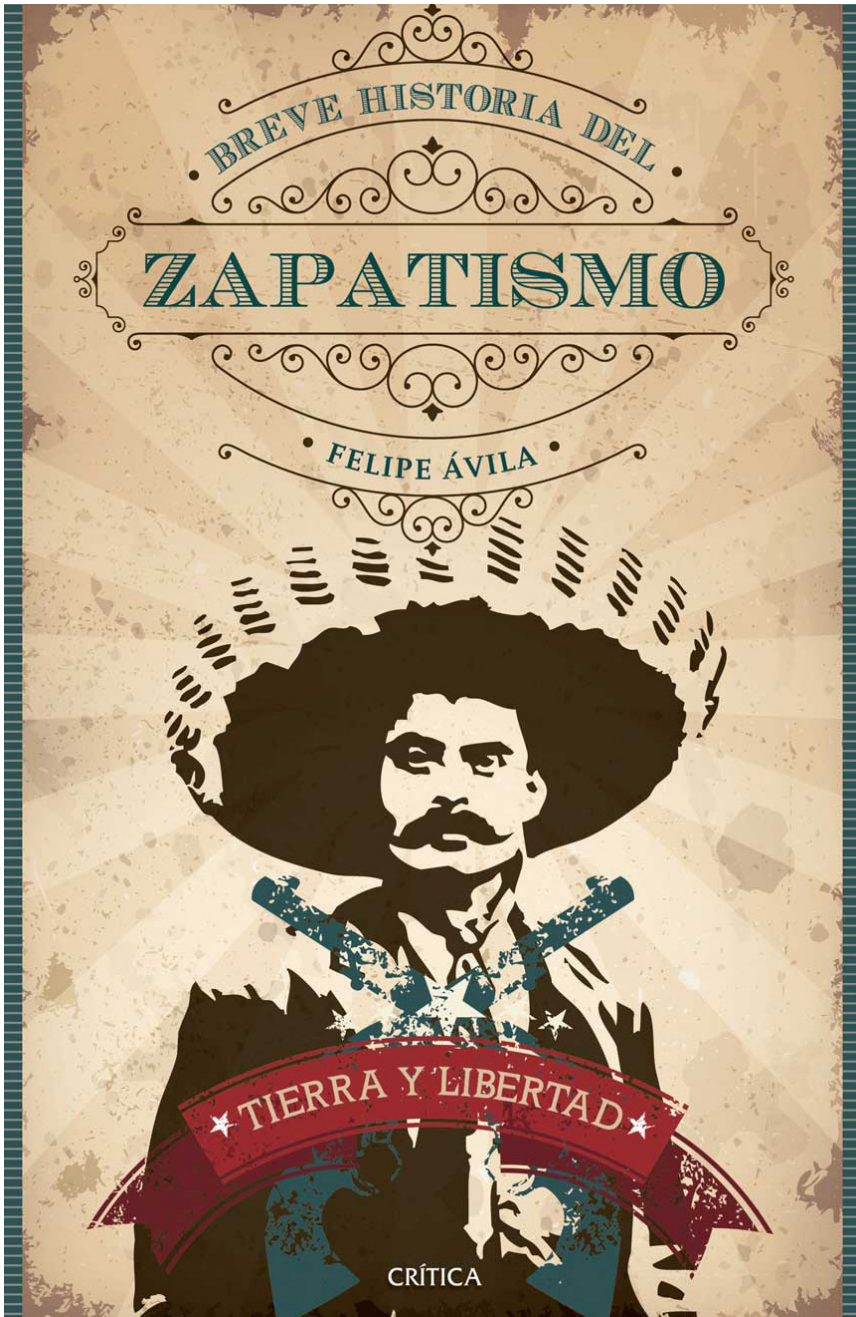
ZAPATISMO

FELIPE ÁVILA



★ TIERRA Y LIBERTAD ★

CRÍTICA





TIERRA Y LIBERTAD

CON LA COLABORACIÓN DE
PEDRO SALMERÓN

CRÍTICA

Contenido

Sinopsis

Introducción

Capítulo I

Los orígenes del zapatismo

1. La problemática agraria
2. Zapata

Capítulo II

La revolución política

1. La lucha contra Díaz
2. El interinato
3. El zapatismo y el régimen de Madero

Capítulo III

La revolución social

1. Contra el usurpador
2. La conquista de Guerrero
3. La conquista de Morelos
4. Política e ideología
5. Los intelectuales zapatistas

Capítulo IV

La guerra civil: con Villa y contra Carranza

1. La Soberana Convención Revolucionaria
2. La guerra zapatista contra el constitucionalismo
3. La Convención villista-zapatista
4. El Programa de Reformas Políticas y Sociales

Capítulo V

El Estado regional Zapatista

1. La comuna de Morelos
2. El Estado que no fue

Capítulo VI

La población civil y la revolución zapatista

1. La vida cotidiana
2. Contradicciones y conflictos internos

Capítulo VII

Victoria en la derrota

1. La resistencia ante el constitucionalismo
2. La muerte de Zapata
3. La sucesión del mando y la alianza con Obregón

EPÍLOGO

La formación del mito de Zapata y la disputa por su figura

Breve comentario bibliográfico

Acerca del autor

Créditos

Para Myrna García Viguera

SINOPSIS

El zapatismo ha sido el movimiento agrario por antonomasia en México y en América Latina; su caudillo, Emiliano Zapata se convirtió en el símbolo de la lucha por la tierra y la justicia en todo el mundo. Su historia es la de una resistencia ancestral de los pueblos originarios del estado de Morelos y zonas aledañas por defender sus tierras y sus recursos naturales ante el avance de las haciendas y de la economía mercantil. Esa resistencia centenaria se sumó a la rebelión maderista con el objetivo de recuperar la tierra de la que habían sido despojados. Cuando Madero no cumplió su promesa de restituir su tierra a las comunidades despojadas de ella, el zapatismo rompió con Madero y formuló un programa propio, el Plan de Ayala, el programa agrario más radical de la Revolución mexicana. El zapatismo luchó por el cumplimiento de su programa agrario entre 1911 y 1919. Fue el movimiento más persistente de la Revolución; combatió sucesivamente a los gobiernos de Porfirio Díaz, León de la Barra, Madero, Huerta y Venustiano Carranza. Llevó a cabo la más profunda reforma agraria y la transformación de las estructuras políticas y económicas de las zonas que estuvieron bajo su dominio. Se alió con el villismo y buscó que la revolución popular triunfara. En 1915, la alianza del zapatismo con la División del Norte trató afanosamente de ganar la guerra en buena parte del territorio nacional. Fueron derrotados por el constitucionalismo, que definió el nuevo Estado y las instituciones por las que habría de transitar México en el siglo xx. A pesar de esa derrota, los zapatistas mantuvieron una tenaz resistencia entre 1915 y 1919 y formularon un proyecto de legislación estatal que contiene algunos de los postulados políti-

cos más importantes para la historia de los movimientos populares. La influencia del zapatismo y de su líder trascendió su derrota. Las demandas agrarias de las que ellos fueron los principales exponentes tuvieron que ser reconocidas e incorporadas en el nuevo texto constitucional. La reforma agraria le dio legitimidad al Estado surgido de la Revolución y el control político sobre las organizaciones campesinas. La reforma agraria que se realizó en México durante el siglo xx no se explica sin la Revolución y sin el zapatismo, al igual que el movimiento campesino independiente, que ha hecho del zapatismo y de Zapata componentes centrales de sus luchas y reivindicaciones hasta la actualidad.

Nota del autor:

Se ha respetado la ortografía original de los testimonios zapatistas que se citan y se han transcrito tal y como se encuentran en los archivos zapatistas.

INTRODUCCIÓN

El 6 de diciembre de 1914 los dos más importantes líderes populares de la Revolución mexicana, Francisco Villa y Emiliano Zapata, al frente de la División del Norte y del Ejército Libertador del Sur, entraron triunfalmente a la ciudad de México. Esa entrada triunfal representaba el cenit de la revolución campesina, su punto de mayor fuerza no solo en la historia de la Revolución mexicana, sino de toda la historia nacional. Después de desfilarse ante la población capitalina que los veía por primera vez entre incrédula, emocionada y expectante, entraron al Palacio Nacional y se fotografiaron sentados en el despacho en el que se habían conducido los destinos de la Nación desde el nacimiento de México como país independiente. La foto de Villa, sonriente, sentado en la silla presidencial —para ver qué se siente, había dicho— junto a un Zapata incómodo, con la mirada desconfiada —esta silla deberíamos quemarla, había dicho su hermano Eufemio días antes— es, sin duda, la foto más vista y más icónica de la Revolución.

¿Cómo se había llegado hasta ahí? ¿Cómo fue posible que los dos líderes más importantes de la revolución popular pudieran tomar la capital de la república, algo impensable un año antes y más impensable todavía durante el gobierno de Porfirio Díaz? ¿Cómo había surgido y crecido el movimiento campesino representado por Villa y Zapata que logró tal hazaña? ¿Y qué pasó después? Esta es la historia del zapatismo, uno de esos dos movimientos que contribuyeron a destruir al Estado de lo que se ha llamado el Antiguo Régimen. Y es también la historia de su contribución al México que nació de la Revolución.

El zapatismo fue el movimiento campesino más radical de

la Revolución mexicana. Durante su etapa de mayor fuerza, entre 1914 y 1916, transformó las estructuras económicas, sociales y políticas de Morelos y las regiones aledañas en las que tuvo influencia, como Guerrero, partes de Puebla, Tlaxcala, Estado de México, Oaxaca y el Distrito Federal. El zapatismo barrió con la gran propiedad: las haciendas fueron expropiadas y sus dueños no pudieron regresar más. Los pueblos y las comunidades campesinas recibieron una porción de tierra y pudieron trabajarla en libertad. Muchos de ellos ya no quisieron cultivar la caña de azúcar, símbolo de la dominación española desde los remotos tiempos del Virreinato y prefirieron sembrar maíz y frijol. Eligieron a sus autoridades tradicionales en libertad. Los hombres más jóvenes engrosaron las filas del Ejército Libertador del Sur, que fue el brazo armado de las comunidades campesinas en la zona zapatista. El zapatismo y su líder, Emiliano Zapata, se convirtieron desde los años de la Revolución en el símbolo del movimiento agrario mexicano más representativo. Junto con Villa y la División del Norte, tomaron la ciudad de México a fines de 1914, ocuparon el Palacio Nacional e instalaron ahí al gobierno de la Soberana Convención Revolucionaria. Zapatismo y villismo lucharon encarnizadamente contra las fuerzas de Carranza y Obregón defendiendo un proyecto de nación en el que los de abajo mandaran y los de arriba obedecieran, en el que el gobierno estuviera al servicio de la gente, no de los poderosos, donde todos tuvieran tierra, trabajo y escuelas, en el que, a final de cuentas, fuera la mayoría la que decidiera por dónde tenía que ir la nación y donde los gobernantes, elegidos libremente y vigilados siempre por esa mayoría, no pudieran desviarse del camino.

El zapatismo ha sido uno de los movimientos sociales, políticos y culturales de mayor significación en la historia de México durante los más de cien años transcurridos desde su surgimiento. Al frente de un pequeño grupo de seguidores, Emiliano Zapata se sumó a la rebelión nacional organi-

zada por Francisco I. Madero para derrocar al régimen de Porfirio Díaz. La rebelión zapatista arraigó profundamente en el campo morelense y de ahí se extendió a Puebla, Guerrero y partes del Estado de México, Tlaxcala, Distrito Federal y Oaxaca. Esa rebelión se convirtió en el movimiento social y político más radical dentro de la Revolución mexicana. El zapatismo fue el único que logró una profunda reforma agraria, al destruir el régimen de las haciendas y repartir la tierra entre los pueblos y las comunidades campesinas, los cuales pudieron trabajarla con libertad, en lo que ha sido quizá la experiencia más importante de autogobierno y autoorganización popular en la historia del país, entre 1914 y 1916. Su líder, Emiliano Zapata, se convirtió en uno de los dirigentes revolucionarios más importantes de la lucha armada y, luego de su asesinato, el 10 de abril de 1919, en la hacienda de Chinameca, su figura se convirtió en un símbolo y en una leyenda que ha permanecido hasta la fecha y que ha trascendido las fronteras nacionales para ser reconocido, en el mundo, como el héroe popular que mejor representa la lucha por la tierra y por la justicia campesina. Zapata se convirtió, a la largo del siglo xx, en un personaje universal, y en uno de los héroes mexicanos con mayor reconocimiento y prestigio a nivel internacional.

El zapatismo ha sido reconocido como un movimiento campesino radical, que se diferenció de los otros grandes movimientos sociales de la Revolución como el villismo y el constitucionalismo, porque fue el único que efectuó una transformación profunda en las estructuras agrarias predominantes en la región bajo su dominio. En esa transformación —cuyo período más álgido fue entre 1914 y 1916—, desapareció el régimen de las haciendas y los pueblos y las comunidades campesinas lograron recuperar la propiedad de tierras, bosques y aguas.

El zapatismo logró establecer en las zonas en las que tenía mayor influencia los distintos poderes locales —gobernadores, presidentes municipales y jueces— subordinados

a los jefes militares zapatistas o nombrados directamente por ellos. Al mismo tiempo, el Cuartel General del Sur, la instancia encabezada por Zapata, que concentraba el poder político y militar del movimiento suriano, estableció un nuevo orden jurídico, a través de una legislación que los jefes zapatistas aplicaron en sus dominios. Los jefes campesinos zapatistas tuvieron en sus manos el factor decisivo para hacer valer su poder en la región que dominaron: el monopolio de la violencia, ejercido por el Ejército Libertador del Sur, que, como se mencionó, fue el brazo armado del movimiento. En las condiciones impuestas por la guerra que los zapatistas libraron sin descanso durante nueve años contra los gobiernos de Porfirio Díaz, Francisco León de la Barra, Francisco I. Madero, Victoriano Huerta y Venustiano Carranza, el Cuartel General suriano ejerció el poder en la zona. Este Cuartel General —en el que Zapata tenía el mando indiscutible— definió y llevó a cabo la estrategia militar del movimiento y las alianzas políticas, supervisó a las distintas autoridades civiles y militares, y administró la justicia; además, junto con los jefes militares zapatistas controló la economía de la región, intervino y administró las haciendas azucareras, que utilizaron para financiar la guerra regulando la producción, el abasto y el comercio de productos.

Así pues, el dominio indiscutido —aunque temporal y en permanente disputa— sobre un territorio y una población, con un gobierno, una legislación y un orden jurídico propios, así como un ejército garante del orden público, son los elementos que permiten afirmar que el zapatismo fue capaz de crear un Estado regional. Ese Estado zapatista fue la plataforma a partir de la cual lucharon por imponer su hegemonía en el ámbito nacional contra los otros poderes y estados regionales que se constituyeron entre 1914 y 1916, cuando el proceso revolucionario quebró el aparato estatal del régimen porfirista y se fragmentó el poder soberano nacional en, al menos, tres poderes regionales soberanos emergentes: el villismo, el constitucionalismo y el zapa-

tismo. A pesar de su autonomía, esos tres poderes regionales soberanos, como toda situación revolucionaria en condiciones semejantes, tuvieron las limitaciones propias de un poder inestable y en lucha contra otros poderes por reconstituir al único poder soberano real, el del Estado nacional, y pelearon entre ellos hasta que finalmente uno se impuso, se construyó un nuevo Estado y se definió un nuevo pacto social fundamental, en el que los proyectos derrotados, el villista y el zapatista, fueron hechos a un lado. Sin embargo, algunas de sus principales demandas y propuestas fueron utilizadas por el constitucionalismo para construir su legitimidad y afianzar su control político sobre los grupos sociales subordinados.

La persistencia y el arraigo popular de la lucha zapatista hicieron que se mantuviera en pie durante los nueve años de la guerra civil revolucionaria. Esa tenacidad y resistencia provocaron que en la región suriana se produjera una de las mayores destrucciones del período revolucionario. Ciudades, pueblos y rancherías, al igual que las haciendas y los campos agrícolas fueron escenario de combates y ocupaciones sucesivos; muchas localidades fueron destruidas, total o parcialmente. Esa violencia afectó la vida de las personas y modificó sus condiciones de vida. La gente común de las zonas zapatistas tuvo que adaptarse a la situación impuesta por la guerra: destrucción, muerte, escasez de alimentos, pérdida del patrimonio, separación de familias, desaparición de parientes y amigos.

La violencia de la guerra desestructuró la vida cotidiana de la gente común del área zapatista. La guerra significó la pérdida de vidas y de patrimonio, penurias, escasez extrema, temor e incertidumbre. La población civil de la región suriana vivió y reaccionó de diferente manera a esas nuevas condiciones y creó mecanismos y estrategias de adaptación y supervivencia para proteger a sus familias y comunidades, entre ellas, destacó la compleja relación que estableció con el Ejército Libertador del Sur. Una parte de la población ci-

vil, sobre todo los hombres jóvenes, se incorporó a las filas del Ejército Zapatista para proteger a los suyos; otra parte participó activamente con los alzados, porque ofrecían protección ante la represión del ejército federal y de las fuerzas rurales, y porque muchos pueblos y comunidades tenían familiares o amigos en las filas insurgentes, de modo que colaboraron con ellos. A pesar de la modernización económica que había tenido lugar en la entidad morelense en la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad rural en la que surgió el zapatismo conservaba marcados rasgos tradicionales, como la fuerte solidaridad y los vínculos de consanguinidad y amistad, lo que le daba una gran cohesión, sobre todo ante las amenazas y enemigos. No obstante, hubo algunos sectores que ofrecieron un apoyo condicionado a los rebeldes, en una especie de contrato moral de reconocimiento, lealtad y apoyo material por parte de la población civil a cambio de seguridad, protección y favores de los jefes surianos.

El zapatismo, así, fue un movimiento complejo y vasto que, gracias a su tenacidad, persistencia, radicalidad y a la profundidad de la revolución social, económica y política que llevó a cabo en sus dominios, tuvo un enorme impacto que trascendió a su derrota ante el constitucionalismo. La influencia del zapatismo permeó no solamente a muchas de las luchas populares que se desarrollaron en México a lo largo del siglo pasado y en lo que va de este, sino que también tuvo una notable influencia en la ideología, en el discurso y en la política agraria de los regímenes que los vencieron, los cuales trataron de utilizar la figura de su líder, Emiliano Zapata, y de apropiarse de su legitimidad. La organización, la lucha y la resistencia campesinas, por un lado, y la reforma agraria que dotó a los pueblos, a las comunidades y a los ejidos campesinos de México con casi la mitad del territorio nacional a lo largo del siglo XX no pueden entenderse a cabalidad sin la Revolución mexicana y, dentro de ella, del zapatismo. El zapatismo original permanece como recuerdo y como ejemplo de las luchas campesinas e

indígenas de nuestro país que se han apropiado de él y que lo actualizan, en sus reivindicaciones y luchas por conseguirlas.

Esta es la breve historia de la revolución zapatista, una revolución que, aunque no triunfó, no fue totalmente derrotada y que, sin una victoria visible, contribuyó a que México cambiara y a que los campesinos de este país pudieran tener tierra y libertad.